

SERMON

DE SANTA FILOMENA.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

ES LA VENGADORA DE LA IMPIEDAD, LA DEFENSORA DE LA RELIGION
DIVINA, Y LA PROTECTORA DE SUS DEVOTOS.

Domine, spes mea à juventute mea.

Señor : tu eres mi esperanza desde mi juventud.

Salmo 70. v. 5.

Armonioso, dulce, grato y amable es para nosotros el nombre de santa Filomena. Él solo nos recuerda el conjunto de las virtudes que forman el carácter de una alma esclarecida en santidad; los triunfos de nuestra religion santa, la impotencia de la impiedad, la grandeza de los justos, el oprobio de los malos, y el honor y gloria de los buenos. Santa Filomena! No puede haber ideas mas interesantes que las que excita en nuestros corazones esta hija de la luz. Al contemplarla, estas son las palabras que me inspira su prodigiosa historia: — «Señores: vivimos entre la corrupcion de un siglo depravado; respiramos el aire infecto de pasiones tumultuantes; estamos rodeados de las tinieblas de un caos que nadie sabe definir, y desgraciados de nosotros si en tan horrorosa situacion no nos mirara el cielo con ojos de piedad: infelices, si en medio de nuestra tenebrosa ilustracion no hubiera suscitado el Omnipotente esa gloriosa taumaturga del siglo XIX para confundir con ella á la impiedad, para alentar nuestra fe, avivar nuestra esperanza y encender nuestra caridad, y para hacer entender al mundo, que no se ha abreviado la mano del Señor, que él es el que vela sobre su pequeña grey, y que sus obras son eternas como él mismo.

Ello es que santa Filomena es la que en estos últimos tiempos extiende su brazo poderoso sobre los hijos de los hombres; la que esparce luces celestiales sobre el horizonte de nuestra iglesia santa; la que da un grito de alarma para que los extraviados entren en el camino de la razon recta, y la que revestida del poder divino ha hecho que los impíos se detengan en la carrera de su perdicion, que el libertinaje se avergüence, la falsa filosofia calle, los sábios se convenzan, y el mundo entero reconozca que solo puede salvarse siguiendo las inspiraciones que infunde en sus devotos esta ilustre mártir del Señor, esta hija ínclita de la gracia, que aun sin saber hablar dijo á su Dios con el real Profeta: — Señor: tú eres mi esperanza desde mi juventud. *Domine, spes mea à juventute mea.*»

¿No es esto cierto? ¿No es verdad que santa Filomena es la destinada en los decretos eternos para confundir á la orgullosa impiedad, que en su demencia quiere apoderarse de los hombres todos para hostilizar al Altísimo, derribarle de su excelso trono y triunfar del Todopoderoso, infinito y eterno? Esto es lo que creemos los que tenemos tanto placer en celebrar solemnemente su memoria, y esto es en lo que voy á insistir al manifestaros la vida, el martirio y los milagros de la gran santa de nuestro siglo. Yo hablaré como ministro del Dios vivo, y vosotros juzgaréis como verdaderos hijos del Evangelio.

Reina del cielo: santa Filomena fué vuestra hija predilecta en la tierra, y ahora es una de las piedras preciosas que adornan vuestra corona en el cielo. Derramad sobre nosotros las gracias de que sois depositaria, y haced que al formar el elogio de esta santa, forme tambien el vuestro, el de vuestro santísimo Hijo y el de vuestra religion adorable, para que en los cielos y en la tierra sea nuestro Dios de todos bendito y alabado. Así, guiados por la fe, lo deseamos y pedimos, recordándoos el gozo inefable que percibió vuestra santísima alma, cuando de parte del Señor os dijo el ángel: *Ave Maria.*

Domine, spes mea à juventute mea.

Santa Filomena apareció en el mundo como un don precioso de la gracia celestial con que se honra el cristianismo. Sus padres, poderosos príncipes de la Grecia, no pudieron lograrla

miéntras vivieron en la idolatría; pero un varon justo los convirtió á la fe, esta los santificó, el Dios de las misericordias los bendijo; y esta bendicion celestial produjo el nacimiento de nuestra admirable santa. En su bautismo la poseyó el Espíritu santo; desde sus primeros años se la observó ilustrada con el esplendor de la sabiduría eterna que la dirigia; aun se hallaba en su infantil edad, y ya se la veía ocupada en actos puros y fervorosos de amor divino de un modo tan particular, que aun siendo niña fué un prodigio de virtud capaz de defender victoriosamente la causa de nuestra religion contra los esfuerzos de la impiedad. Escuchadme y lo vereis.

Sin cumplir trece años la llevaron sus padres á Roma; se presentaron con ella al emperador Diocleciano, le expusieron las razones de sus pretensiones, y sin esperar á mas aquel poderoso monarca, sorprendido con las gracias de Filomena, contestó y dijo á su padre: Todo lo tienes concedido, las fuerzas de mi imperio están á tu diposicion, los dioses han decretado tu felicidad, piensa en ser dichoso, y haz que yo lo sea tambien dándome á esta vuestra hija por esposa. Podeis retiraros, y volved cuanto ántes con el sí. — Mucho agradaron á los padres de Filomena las palabras del emperador: extremado parecia el gozo en que se bañaban sus almas al manifestar á su hija las ventajas del matrimonio que la proponian: para inclinarla y decidirla la decian, que acaso el cielo la tenia destinada para hacer con Diocleciano lo que la amable Ester hizo con Asuero en favor del pueblo santo; que la misma religion cristiana se interesaba en que fuese emperatriz de Roma; que el propuesto enlace era en todos conceptos favorable á su familia, y que en fin el mismo Dios declaraba por su medio que debia casarse con el César. ¿Podria negarse Filomena á unos padres tan cristianos, sabios y piadosos como éntónces lo eran los suyos? Pues sin embargo Filomena inspirada por la virtud de la gracia, les contestó y dijo de este modo: «Padres respetables: yo amo á ustedes con todas las veras de mi corazon y deseo complacerles y agradarles; pero es un imposible el que yo contraiga matrimonio. Hace dos años que estoy comprometida: soy esposa de Jesus á quien estoy consagrada, y no, no puedo admitir otro dueño de mi voluntad sin ser infiel á mi Dios. Inútil será el alegar mi corta edad, y el acrecentamiento de los honores, riquezas y consideraciones mundanas, porque yo jamas

me separaré del divino y celestial Esposo á quien he entregado mi alma, mi cuerpo, todas mis potencias y sentidos. Dios ántes que todo, ántes que vos, padres queridos, ántes que el emperador, ántes que la patria, ántes que el mundo entero. ¿No lo manda así nuestra adorable religion cristiana?» — Conternados, atolondrados y confusos quedaron los padres de Filomena al oír semejante contestacion: no sabian qué hacerse ni cómo conducirse en lance para ellos de tanto apuro... Al fin resolvieron presentarse con su hija al emperador y decirle: Señor, en vuestro poder dejamos á nuestra amable Filomena: es hija de la religion cristiana, y esta domina su corazon mas que nosotros. No os concede su mano, porque ya la tiene entregada á Jesucristo.

Aquí, señores, puede decirse que principian los combates entre la religion y la impiedad, entre el cielo y el infierno, entre santa Filomena y Diocleciano. Pone este astuto libertino en juego todos los artificios de la seduccion para reducir á la jóven bella: dulces palabras, halagos cariñosos, promesas magníficas, lisonjero porvenir, brillantes esperanzas... Pero estos medios empleados con la maestría de un hijo de la mentira para triunfar de la inocencia, no sirvieron mas que para hacer conocer al perverso emperador que se las habia con la mujer fuerte de que habla el Sabio, y que si Filomena era tierna en la edad aparecia muy adelantada en la virtud. Viéndose defraudado en sus primeros ataques, muda de rumbo, emplea la crueldad, el terror, los tormentos y la violencia; carga de cadenas á la santa, la encierra en una prision secreta de su palacio, y haciéndose él mismo su carcelero y verdugo, la trata tan vil é indignamente, que ni aun nos es lícito imaginar la especie de asaltos que en esta ocasion tuvo que sufrir la inocencia virginal de Filomena: nuestro licencioso siglo los comprende muy bien, y á él los entrego para que su imaginacion no manche nuestras almas. Nuestra santa es muy cierto que todo lo venció con la oracion como Judit, y que cuando mas fervorosa imploraba la proteccion divina, se le apareció la reina de las vírgenes María santísima y la dijo: «No temas ni te aflijas, mi querida Filomena, que yo soy tu protectora. Ya, hija mia, saldrás pronto de esta prision para sostener entre horribles tormentos combates mas terribles; pero en todos triunfarás con la gracia que te ofrezco. Ten buen ánimo, cuenta conmigo

y en el cielo nos veremos. » Virtud siempre victoriosa y triunfante, ve aquí en parte tu recompensa. Á tu lado está para defenderte la Madre y reina de las virtudes, y con ella á nadie debes temer.

Viendo Diocleciano que eran inútiles sus esfuerzos, determinó atormentar públicamente á santa Filomena. Manda que la desnuden, que la aten á una columna, la azóten, la despedacen y la traten como los judíos á Jesus en el atrio de Pilátos, y así se ejecuta. Azotan á la santa con la mayor crueldad, despedazan sus carnes puras y virginales, la revuelcan en su propia sangre, hasta que hallándola desfallecida, exánime y en mortal agonía, la arrojaron en un asqueroso albañal para que en él acabase de morir. Pero no fue así. Dos ángeles resplandecientes vinieron del cielo en su socorro y regocijan á santa Filomena, convirtiendo aquel lugar inmundo en un paraíso delicioso, la curan sus heridas, la dejan sana, fuerte y vigorosa, y nada, nada hay comparable con su hermosura y belleza.

Informado el emperador de lo que pasaba con Filomena, hace que la lleven á su presencia; pero al verla queda enajenado con su celestial aspecto, pierde el juicio y en nada mas piensa que en lograrla y poseerla. Invoca para esto el favor de la Diosa impura; falso y engañoso se rinde, se humilla, finge adoraciones, prodiga caricias y promesas, se deshace en cumplimientos, agota los recursos de su infernal ingenio, se deshace en obsequios, finezas y cumplimientos; pero todo es en vano: Filomena siempre es la misma, un prodigio de virtud, el martillo de la impiedad, y el mejor ejemplar y modelo que pueden proponerse los que en todos los casos posibles deseen vencer y triunfar de la audacia y ferocidad de los libertinos. Sigamos viéndolo.

Ofendido el tirano con las repulsas de Filomena, se destempla y enfurece extraordinariamente con ella, hace el juramento de los impíos, y ordena que amarrando á la santa una pesada áncora la arrojen á lo mas profundo del rio Tíber, para que en él perezca y sirva de pasto á los peces. Así se hizo. Una corte numerosa asistió con el emperador á este espectáculo: los libertinos erguidos y orgullosos se sonríen al ver la inocencia perseguida y ultrajada, fingen deplorar en la santa los efectos del fanatismo, de la preocupacion, de las supersticiones y de las mágicas ilusiones de los cristianos, y en medi-

de su ceguedad la echan de sabios y de ilustrados, de entendidos, de inteligentes y de capaces de dirigir y gobernar mil mundos. Pero vieron que al arrojar á santa Filomena en las aguas, dos ángeles del cielo la recibieron en sus brazos, que andaba á pié enjuto sobre las aguas del Tíber, como Jesus y san Pedro sobre las de Genesaret, que salió majestuosa y radiante de hermosura á la ribera, que al ver semejantes prodigios se convertian muchos paganos, y que la impiedad quedaba vencida, avergonzados sus secuaces y defensores, y lleno de rabia, de despecho y de desesperacion Diocleciano.

Pero monstruo del abismo, se nos ocurre decirle: monstruo del abismo, ¿cómo no reconoces al Dios de Filomena en tantos prodigios y maravillas como obra en su favor? ¿Á dónde vas rebelado contra el Omnipotente, que defiende clara y ostensiblemente la virtud de su virginal pureza? Al infierno, señores, al infierno va el padre de los impíos ántes que confesarse rendido por la gracia á quien resiste. Diocleciano es una prueba de esta verdad tremenda. Él está viendo que el cielo protege á santa Filomena; y sin embargo, obstinado en su impiedad, dispone nuevos tormentos, y hombres feroces se apoderan de la santa, la arrastran ignominiosamente por las calles de Roma, la atan en lo alto de un palo, atraviesan su cuerpo con saetas como á san Sebastian, derrama á borbotones su preciosa sangre, va á morir á la violencia de los dolores mas acerbos, queda tirada en el campo, ya sus verdugos van á abandonarla á la rapacidad de las aves carnívoras y de las fieras..... ¿En dónde estás, Jesus divino? ¿Qué haces de tu fiel esposa? No hay cuidado, señores: no hay cuidado. Santa Filomena se queda dulcemente dormida, y al despertar se encuentra vigorizada, llena de vida, de salud y fuerzas, mas y mas firme en su fe, en su esperanza y en su caridad, con todo el ardor que infunde el Espíritu santo en las almas que aman con vehemencia á Jesus. ¿Se moverá acaso el impío que la persigue con este nuevo milagro? Todo lo contrario. La impiedad se obstina y endurece mas con los golpes de la gracia, rechaza orgullosa las demostraciones del cielo, se rebela contra el Omnipotente, y en su frenesí llega á creer que es capaz de vencerle. Manda Diocleciano que atreviesen el cuerpo de la vírgen con dardos de hierro encendidos y centellantes; pero al disparar estos dardos contra la santa, se vuelven milagrosamente contra los fleche-

ros, mueren seis de estos, y el pueblo se alborota; los gentiles anatematizan á sus ídolos, muchos de ellos confiesan por su Dios á Jesucristo, el emperador tiembla como los impíos cuando ven abatida su arrogancia, y santa Filomena... santa Filomena abrasada con el fuego del amor divino, decia fervorosa á su celestial Esposo: Mil vidas, Jesus adorado, mil vidas entregaria gustosa por vos: no hay cosa mas dulce y deliciosa que el padecer y sufrir por vuestro nombre: yo no quiero ni deseo mas que hacer la voluntad del Padre que está en los cielos, y á él me vuelvo á ofrecer: ¿pero cuándo me uniré eternamente con el que ama mi alma? ¿Cuándo entraré en la mansion de la felicidad para alabar, bendecir y glorificar al Dios trino y uno, que me conforta con su gracia? Al decir esto un agudo cuchillo le cortó la cabeza, y su bendita alma voló entre músicas celestiales á la gloria, en donde con la corona de la virginidad y las palmas del martirio vivirá y reinará con Jesus por los siglos de los siglos. Diocleciano entregado á la desesperacion renunció el imperio, murió en la oscuridad de una condicion privada, y golpeándose la cabeza en las paredes lleno de furor y rabia: su memoria en todos los tiempos será execrable como lo ha sido hasta aquí.

Estos son los hechos que nos ha comunicado el cielo. Decid vosotros si en ellos venció el cielo ó el infierno, Filomena ó Diocleciano, la religion ó la impiedad. Decidme si puede comprenderse tanto heroísmo en una tierna doncella, sin una virtud sólida, sin una perfeccion sublime, sin la santidad mas esclarecida. Yo os he referido los combates que sufrió santa Filomena en defensa de su virtud, de su fe, de su amor á Jesus y de nuestra santa y adorable religion, y creo que estais todos convencidos de que con la gracia siempre se vence, de que con Jesus y María siempre se triunfa, de que al lado de la virtud siempre es impotente la impiedad. Pero ¿sacais de este convencimiento todo el provecho que deben percibir vuestras almas, al ver que la religion de santa Filomena viene atravesando los siglos sin que la impiedad pueda detenerla en el curso majestuoso con que camina á su destino eterno? Reflexionad sobre esto, y escuchadme un poco mas.

Muerta santa Filomena, enterraron los cristianos su precioso cuerpo, y cosa rara! cerca de quince siglos ha estado sepultado y oculto á las generaciones que han pasado. Mas de mil y

quinientos años eran pasados sin que en el mundo se tuviese noticia de santa Filomena, cuando hé aquí que en nuestros dias aparecen á los ojos del universo sus despojos mortales llenos de honor y de gloria. Nuestro Dios, cuyas misericordias no tienen número, acaba de poner en Mugnano, no léjos de Nápoles, el sagrado cuerpo de santa Filomena, tan poderoso en milagros, prodigios y maravillas, que bien puede asegurarse que con su virtud ha caído una maza contundente sobre la impiedad, un rayo destructor sobre los enemigos de nuestra religion, un consuelo eficaz sobre los fieles y una prenda segura de nuestra fe, de nuestros triunfos y victorias en la luz del cristianismo. Santa Filomena en Mugnano obra tanta multitud de milagros, que el mundo se ha quedado absorto, sorprendido y admirado. Ella nos ha revelado su prosapia, su nacimiento, su vida y su martirio en los términos que os he referido: hace curas innumerables y conversiones prodigiosas; la obedecen los vientos, las tempestades, la enfermedad, la vida y la muerte; su fama no se reduce á los límites de Italia, de Alemania, de Francia y de la Europa, ha pasado á las dilatadas provincias del Asia, África y América; es ya tenida en todo el universo por la taumaturga del siglo XIX, por la defensora de nuestra religion, por la santa que ha puesto Dios en el mundo para confundir á la orgullosa y arrogante impiedad, que en su demencia delirante pretendió dominar en toda la tierra y destruir el imperio eterno del que murió por los hombres en la cruz que reina, triunfa é impera sobre todos los escogidos. Pero descendiendo á nuestra España, concretándonos á este pueblo, ¿no es cierto que en cuanto se tuvieron las primeras noticias de esta santa todos nos apresuramos á reconocerla por una esposa predilecta de Jesus, por una gloriosa mártir del Señor y por una santa capaz de sacarnos ilesos, victoriosos y triunfantes de entre esa multitud de impíos que se han gloriado de que harian desaparecer como el humo la religion santa en que nos han educado nuestros padres? ¿No es verdad que santa Filomena significa entre nosotros el triunfo de nuestra fe, el esplendor de nuestra religion, la conversion de los españoles y la dicha y felicidad de los que quieren vivir y morir como cristianos apostólico-romanos? Esto al ménos es lo que todos confesamos celebrando con tanta solemnidad la memoria de la gloriosa virgen y mártir santa Filomena. Así lo publican esas

niñas inocentes que llevan su nombre. Lo mismo dice la majestuosa voz de las autoridades eclesiásticas, civiles y militares que invocan, celebran y festejan á santa Filomena en sus solemnidades, y esto es lo que nos persuade ese instinto religioso que se ha apoderado de nuestras almas. ¿Hay acaso quien dude de esto, atreviéndose á repetir esas frases desacreditadas con que los impíos han tratado de ridiculizar nuestro ministerio apostólico? Pues yo confiado en el Dios que me inspira les diré que vengan hoy á este santo templo, que se humillen é implorren con rectitud de corazón la protección de santa Filomena, y que si no se sienten convertidos, nos tengan por ilusos y fanáticos, por visionarios y supersticiosos. Pero no hay que temer, porque nuestro Dios ha dicho que le pidamos para darnos, que llamemos á las puertas de su misericordia para abrírnoslas, que acudamos á él por medio de los que reinan con él en la gloria, porque es muy rico para todos los que le invocan, como dice el apóstol.

Nada mas, señores : os he expuesto los principales rasgos de la vida, pasión y muerte de santa Filomena, siempre virtuosa por haber dicho á su Dios cuando principió el uso de su razón : *Señor : tú eres mi esperanza desde mi juventud*, y por haber correspondido con su virtud á la gracia que recibió como nosotros en el bautismo. Os he demostrado que tenemos en ella á la vengadora de la impiedad, á la defensora de nuestra adorable religion, y á la protectora que nos ofrece el cielo para huir de los vicios, seguir la virtud y salvar nuestras almas, y esto basta para que mireis sobre vosotros mismos y atendais á vuestro porvenir eterno. No quiero dar ocasion á nuestros detractores para que digan que somos terroristas. Somos ministros de un Dios que nos dice, que con la paciencia se gana el reino de los cielos que á todos deseo. Amen.

SERMON

DE SAN FRANCISCO DE ASÍS. (*)

(DE SANTANDER.)

Vade, Francisce, repara domum meam quæ labitur.

Ve, Francisco, y repara mi casa que está á punto de arruinarse.

S. Buenaventura, vida de san Francisco.

Dios nuestro señor, que crió todas las cosas con un poder admirable, y que las mantiene con una providencia digna de su inmensa sabiduría, ha querido manifestar en todos los siglos que en su mano omnipotente está todo el poder sobre la tierra, que trastorna los reinos, que destruye ó afianza los imperios, y que en él vivimos, nos movemos y somos. El Señor elige unas veces para estas grandes obras instrumentos débiles, que parecen desproporcionados para el fin á que los destina, como á una Judit para degollar á Holofernes, una Débora para arrojar el ejército de Jabin, rey de los Cananeos, y una Jael para clavar contra la tierra las sienes y el poder del soberbio Sísara. Otras veces se vale su Majestad de hombres extraordinarios y admirables, á quienes reviste de valor, industria y prudencia, para que lleven á efecto sus providencias: como de un Júdas Macabeo para la defensa de su pueblo israelítico, de un Josué para espanto de Jericó, de un Gedeon para derrotar á los madianitas, y de un Sanson para ruina de los filisteos; para que todos conozcamos su poder, temamos sus juicios, adoremos sus disposiciones, obedezcamos á sus preceptos, y esperemos sus recompensas.

Á este modo, carísimos oyentes, podemos discurrir en el

(*) Predicado en el convento de capuchinos de la ciudad de Toro.